

## EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ\*

OLGA ELIZABETH HANSBERG

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. José Sarukhán,  
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México;  
Distinguidos miembros del *presidium*;  
Señoras y señores:

Estamos hoy reunidos aquí para rendir un merecidísimo e indispensable homenaje al Dr. Eduardo García Máynez, quien falleció el 2 de septiembre de 1993 a los 85 años de edad. Su vida está esencialmente unida a la historia de esta Universidad y, en particular, al nacimiento y al desarrollo del Instituto. En 1940, poco después de haber sido elegido director de la Facultad de Filosofía y Letras, que por ese entonces ocupaba el edificio de Mascarones, García Máynez decidió fundar el Centro de Estudios Filosóficos de la Facultad de Filosofía y Letras. Allí se reunían periódicamente profesores de la Facultad y de la Escuela Nacional Preparatoria para “leer y discutir, en sesiones de mesa redonda, trabajos sobre temas de filosofía”.<sup>1</sup> La unión de los filósofos mexicanos con los de la España Peregrina fue particularmente afortunada. Fue un momento privilegiado de entusiasmo filosófico. En los primeros años del Centro, una de las actividades más importantes, creo yo, fue su ambicioso plan editorial. Con ese grupo tan excepcional, García Máynez creó el *Boletín Bibliográfico*; la revista *Filosofía y Letras*, en la que escribían los miembros del Centro; las *Monografías Filosóficas*; la *Colección de Textos Clásicos de Filosofía* y los *Cuadernos del Centro de Estudios Filosóficos*.

En febrero de 1945, el Dr. García Máynez presentó una iniciativa al Consejo Universitario para que el Centro de Estudios Filosóficos adquiriera la categoría de centro autónomo, y el 20 de abril del mismo año fue elegido director del mismo, cargo que ocupó hasta finales de 1965. Por primera

\* Palabras pronunciadas en el Homenaje al Dr. Eduardo García Máynez en el Instituto de Investigaciones Filosóficas, el 7 de marzo de 1995.

<sup>1</sup> “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, *Diánoia*, no. 12, 1966, pp. 240–248.

vez, el Centro contó con medios económicos propios: un donativo de 15 mil dólares de la Fundación Rockefeller y un reducido presupuesto otorgado por la UNAM, lo cual permitió crear ocho becas de investigación y empezar a comprar libros y revistas para la incipiente biblioteca, hoy orgullo del Instituto. Con los años aumentó el presupuesto y, por lo tanto, el número de becas y el plan de ediciones cuya impresión estaba ya a cargo de la Imprenta Universitaria. En 1954, con el traslado a Ciudad Universitaria y la asignación al Centro del cuarto piso de la Torre de Humanidades (lugar inolvidable para muchos de nosotros), se designó, por primera vez desde su creación, un cuerpo permanente de investigadores; también por primera vez fue posible la dedicación plena a tareas de investigación. Además se pensó que era necesario —cito a García Máynez— “crear un órgano especializado en filosofía, en plan científico y con carácter internacional”. Nació así, en 1955, *Diánoia*, el Anuario de Filosofía, que este año celebra su 40 aniversario. Sus primeros directores fueron Eduardo Nicol y, después del primer número, Eduardo García Máynez durante los siguientes 20 años. Para dar a conocer trabajos de más largo aliento, fundó también la Colección de *Diánoia*, ambas publicadas en colaboración con el Fondo de Cultura Económica.

Durante casi medio siglo, Eduardo García Máynez estuvo ligado al Instituto, veinticinco años como Director del Centro de Estudios Filosóficos, luego como investigador y, desde 1968, un año después de que el Centro se convirtiera en Instituto de Investigaciones Filosóficas, como investigador emérito. A él se debe en gran medida la “institucionalización” —dentro de nuestra vida académica— de la investigación filosófica, la posibilidad, en palabras suyas, de que: “el graduado que sale hoy de nuestras Facultades y quiere, por ejemplo, ser filósofo, historiador o antropólogo, o dedicarse a la física teórica, a investigaciones médicas de alto nivel o a la matemática pura, no se vea ya constreñido, como antes, a ser abogado a ratos y a ratos antropólogo, historiador o filósofo; a ratos médico, empleado o funcionario y a ratos investigador científico, sino que pueda, sin necesidad de adoptar posturas heroicas o hacer votos de pobreza, seguir su voz interior, entregarse por entero al trabajo que le apasiona y hacer de la investigación una carrera que le permita vivir con decoro”.<sup>2</sup>

Eduardo García Máynez, hombre honesto y recto si los hubo, íntegro y solitario, dedicó su vida a la investigación y a la docencia. Desde 1934 inició su actividad docente como catedrático de “Filosofía jurídica” e “Introducción al estudio del derecho”, en la entonces llamada Escuela Nacional de Jurisprudencia, y de “Ética” y “Filosofía griega” en Filosofía y Letras. En diferentes periodos enseñó esas asignaturas, pero poco a poco fue reduciendo su labor docente para dedicar mayor tiempo a la investigación. Sin

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 246.

embargo, como miembro de El Colegio Nacional, al que perteneció desde 1958, impartió cerca de veinte cursos sobre temas que, filosóficamente, reflexionaban sobre el derecho. Como investigador, su obra es abundante y reconocida internacionalmente. No me detendré en ella, pues lo harán en esta mesa los doctores Héctor Fix Zamudio y Fernando Salmerón. Sólo diré brevemente que el interés central de García Máynez fue el programa filosófico de fundamentar el orden jurídico en una filosofía de los valores. Su producción se inscribe, por tanto, sobre todo en las disciplinas de filosofía del derecho, ética y axiología, sin olvidar, claro está, sus indagaciones —plasmadas en varios libros— sobre la lógica jurídica, especialidad en la cual fue uno de los precursores en el mundo. En la última etapa de su vida, García Máynez se dedicó a los clásicos griegos, que tradujo y comentó: el tema central era la idea de la justicia en Platón y Aristóteles.

Estamos reunidos, entonces, para rendir homenaje al *creador* del actual Instituto. Pero nuestro agradecimiento a él también se debe a otros motivos. Eduardo García Máynez nos enseñó algo invaluable: la dedicación paciente, cotidiana, sostenida, sin alharacas publicitarias, a una disciplina teórica. En este sentido, más allá de sus logros institucionales y de su calidad filosófica —muy alta— fue —lo digo sin la menor retórica— un ejemplo de vida para todos nosotros.

Muchas gracias